

La novela de la violencia por un testigo de primera mano

Kevin Alexis García
Universidad del Valle

En medio de la proliferación de obras apresuradas y efectistas, que hoy se venden en los semáforos junto con los mangos y chontaduros, y que algunos defienden porque aumentan los públicos lectores, asistimos al nacimiento de *El cronista y el espejo*,¹ obra que deja de ser una más sobre la temática de la violencia, cuando indagamos en la trayectoria de su autor, que, para iniciar, nos merece una mirada atenta.

Estamos ante el producto creativo de un especialista en la materia que ha investigado en las jácaras de Quevedo para comprender las formas poéticas en las cuales se construyó la imagen del hampa en la literatura del siglo de oro. Nuestro autor ha indagado en las obras del peruano Scorza y el boliviano Arguedas, en la novela de la Violencia de los años cincuenta en Colombia, en las expresiones juveniles de la violencia caleña de autores como Andrés Caicedo y Umberto Valverde. Osorio, atento a la narrativa de su época, ha escrito sobre la Medellín sicarial de Fernando Vallejo, la Bogotá delirante de Sergio Álvarez y también esa ciudad llamada Angosta, soberbia metáfora de Abad Facciolince.

Sin duda, las obras de violencia trascienden a su contemplación estética. Esta novela nace en medio de las tensiones propias de la creación artística y los conflictos del país, entre las diversas maneras de asumir nuestros conflictos y relacionarnos con ellos. Entre quienes propugnan por hacer de la temática un objeto de olvido literario y entre quienes consideramos que el problema no radica en el qué sino en el cómo, en cómo dar cuenta de la suma complejidad de nuestros fenómenos sociales. Entre quienes consideramos que, si bien, el arte no se debe exclusivamente a ningún fin, por más nobles que algunos sean, la literatura sí tiene una estrecha relación con la historia y con las memorias de nuestros pueblos, pues como bien ha señalado Chartier, algunas obras de ficción, mucho más que la historiografía, logran penetrar profundamente las representaciones colectivas sobre nuestros acontecimientos.

¹ Premio Novela Corta, 2007.

Quienes nos hemos interesado en la violencia en Colombia agradecemos al autor presente la rigurosa reivindicación, para las generaciones posteriores, que ha hecho de Alba Lucía Ángel y su novela *Estaba la pájara pinta sentada en el verde limón*, obra de altísima elaboración que sintetiza los conflictos de la mitad del siglo XX en nuestro país y que la crítica, acaso frustrada ante tal complejidad, soslayó durante tantos años.

Le agradecemos al autor su ensayo *Siete estudios sobre la novela de la Violencia en Colombia*, en el que se da a la tarea de presentar los aciertos y desaciertos de los principales modelos teóricos con que se ha investigado esta narrativa, para posteriormente proponer su propio modelo de análisis. Trabajos estos de crítica y metacrítica que Osorio ha acompañado por una producción poética y narrativa. Y de esta última cabrá recordar *La mirada de los condenados*, acerca de la masacre del Diners Club, gran pieza de periodismo literario, escrita en coautoría con James Valderrama, donde se evidencia por parte del autor una documentación exhaustiva del tema y una gran puesta literaria de investigación periodística.

Como vemos, estamos ante un autor sumamente comprometido con su temática. En Osorio la violencia no se agota en las recurrentes fórmulas de la espectacularidad, el sensacionalismo o el tremendismo, tan propios de aquellas obras que desperdigan sangre en cada página y que parecieran apenas variaciones de nuestros diarios populares.

Con esos antecedentes, no precisamente judiciales, nuestro autor en *El cronista y el espejo* apuesta por una historia narrativa que se desarrolla durante las últimas cuatro décadas en Colombia. Apuesta por una historia enfocada en un exitoso profesor de la Universidad del Valle, sometido ante su propia vanidad, que, por su deseo de reconocimiento, iniciará la escritura de una crónica sobre el mundo narco. Óskar Alexis emprenderá un viaje insospechado de la mano de Nebrio, su nuevo acompañante.

Osorio construye una narrativa altamente concisa y codificada donde nada parece arbitrario, ni siquiera el nombre de los personajes, pues sabemos de *Iebrio*, figura fundamental de la novela, que su nombre viene de la palabra *Iebrios* y que en demoniología significa “el mariscal del infierno”, un ser con una gran capacidad de lastimar, un mordaz destructor, un guía hacia el hades. Por su parte, Óskar Alexis, nombre compuesto, donde Óskar es de origen germano, significa “la lanza de dios”, mientras Alexis, de raíz griega, representa el defensor. En ese sentido, intuimos el rol de Marcela, otro personaje de nuestra historia, cuyo nombre, derivado del latín, es una variante femenina de Marcelo, unión de las palabras “mar” y “cielo”. Ya será tarea del lector indagar

en los sentidos cifrados en nombres como Aminta y Clodomiro, personajes que vemos deambular en la obra entre la desazón y el desconcierto, entre la perplejidad y la indignación, entre la vida y, sobre todo, la muerte.

Nebrio es una especie de complemento oscuro de nuestro personaje, de figura y contrafigura. Frecuentemente las vidas de ambos se entretrejen por caminos semejantes. Son congéneres y compartieron los mismos orígenes, ambos padecieron la orfandad en la infancia, los padres de ambos fueron asesinados a machete, ambos abandonaron el pueblo, terminaron en la misma capital como destino, iniciaron la misma carrera en la misma universidad; en ambos germinó la pasión por la poesía (en Óskar influida por Nebrio), ambos viven un profundo deseo de poder y reconocimiento en sus respectivos campos y son capaces de realizar los medios más cuestionables para alcanzar sus fines. Óskar Alexis y Nebrio construyen identidades socialmente opuestas en mundos simultáneos con historias de vida semejantes. Para Óskar Alexis, Nebrio, ese que lo atormenta y lo seduce, que lo interpela y lo domina, es la otredad que es la extrema diferencia y la complementariedad, en una figura narrativa de repetición-variación que construye una permanente tensión en la trama y que invita al lector a indagar en su significado.

En sus momentos de angustia existencial diría Sartre: “Mi ser está dividido en dos mitades radicalmente opuestas, cada mitad se estremece de horror ante la otra”. Nuestro autor ahonda en la dimensión psicológica de los personajes, en sus conflictos emocionales, en sus incertidumbres. Ellos son atormentados por los recuerdos de la infancia, van rompiendo sus relaciones afectivas más íntimas, sus círculos más cerrados. A través de ellos, el autor aborda sin recatos morales las experiencias del mundo suburbano, la atmósfera del hedonismo entre la rumba, las drogas y el sexo caleño.

Para Carl Jung “*Todo individuo es seguido de una sombra, pero cuanto menos es esta incorporada a la vida consciente de aquél, tanto más negra y espesa es*” (1961). En ese sentido la novela recrea la violencia más fuerte, la violencia interior, aquella que puede atormentarnos, someternos a la inanición, al desvelo, las pesadillas y el tormento. Para Óskar Alexis, el cronista, el espejo será una ventana, una cárcel de sombras.

Todo transcurre entre Cali y La Tulia, una Cali tamizada por la migración campo-ciudad, una de esas ciudades pretenciosamente modernas, como lo quisieron nuestros traficantes con sus narcoarquitecturas y sus narcoextravagancias. Por su parte La Tulia, que apenas si figura en algún mapa olvidado, es uno entre tantos pueblos recónditos del Valle

del Cauca donde los partidos políticos tradicionales, no satisfechos con la cooptación ideológica que hacían de sus habitantes, propiciarían la conformación de grupos armados como los “pájaros” para la reproducción de sus propios poderes.

En *El cronista y el espejo* se representa una atmósfera de seducción de diversos sectores de la sociedad frente a las riquezas desmesuradas del narcotráfico; en ella aparecerán ciudadanos gobernados en un estado corrupto e ilegítimo con un pasado olvidado, en un presente de inconformidad y con un porvenir de miseria.

En Colombia nada nos confronta más que la violencia, sus memorias y desmemorias. Osorio ha cifrado en una obra concisa y demoledora su continuidad histórica, su impacto brutal, su decadencia atroz. Una violencia que ha trascendido las clasificaciones de los teóricos, siempre sometidos por segmentos, marcos y delimitaciones conceptuales. Aquí está la venganza como reproductora histórica. Aquí está la desacralización de la academia, la prostitución y la marginalidad. La novela figura, con una sorprendente economía narrativa, las formas como la expansión de la economía de la droga y sus brazos criminales, por intención o de forma indirecta, fueron permeando, poco a poco, todos los campos de nuestra vida, deteriorando el tejido de las comunidades y transformando los valores que regulan los comportamientos en una sociedad.

Hay en *El cronista y el espejo* imágenes impactantes, controversiales y provocadoras. Aquí comprendemos que la decadencia también puede andar en vías de desarrollo. Como señalara la prensa en España, estamos ante “una obra escrita por un testigo de primera mano”. Novela que provoca tanto por lo que muestra como por lo que oculta.

Un autor atento de *El cronista y el espejo* hallará diálogos, huellas e indicios de toda una tradición literaria que acaso le recuerde a Manuel Mejía Vallejo, Gustavo Álvarez Gardeazábal o Darío Jaramillo. Más allá de ese diálogo, Osorio propone una perspectiva inédita en las relaciones entre la academia y los submundos urbanos, perspectiva tejida en una estructura mediante reflejos generacionales, como espirales certeras.

Si compartimos que las buenas obras son retratos de nación y de familia, estamos ante un retrato turbio de nuestra sociedad y tal vez sea este un objetivo de Osorio, invitarnos a mirarnos en su nuevo espejo.

Demos, pues, la bienvenida a una novela contemporánea, próxima a nuestra realidad urbana y sea pues esta una invitación a la lectura de la obra y al ejercicio libre de la crítica literaria.

A nuestros colaboradores

Poligramas es una revista de publicación periódica semestral, editada por la Escuela de Estudios Literarios de la Universidad del Valle. Tiene como objeto central divulgar artículos, avances e informes de investigación sobre Literatura Colombiana y Latinoamericana de nuestras/os docentes y estudiantes de postgrado, así como de investigadores nacionales e internacionales.

Cada autor es responsable de los enfoques, las interpretaciones y las opiniones expresadas en su trabajo. Por lo tanto, el Comité Editorial no asume responsabilidad alguna sobre las ideas expresadas en los artículos publicados, ya que estos no expresan la ideología, ni la interpretación del Comité o de la Escuela de estudios literarios.

La revista *Poligramas* mantiene correspondencia solamente con las colaboraciones solicitadas. A quien se le publica un artículo, se le entregan dos ejemplares del número en el que aparece su texto. Si usted, estimado lector/a, desea publicar en *Poligramas*, puede presentar su texto bajo las siguientes normas:

1. Los artículos de crítica, interpretación, reseña o avance de investigación discurrirán, de preferencia, sobre Literatura Colombiana o Latinoamericana.
2. El texto debe presentarse en un disquete como archivo de *Word* (Versiones 7.0, 6.0 ó 5.0), anexando una copia en papel blanco tamaño carta, en letra *Times New Roman* tamaño 12, con espaciado 1.5. El máximo de cuartillas para artículos es de 20 y para reseñas de 5.
3. Se debe adjuntar una corta referencia biográfica de quien escribe el texto, incluyendo: nombre y apellidos completos, ciudad y país de nacimiento, último título académico, institución donde trabaja, cargo que desempeña, título de la investigación de la cual proviene el

artículo, y títulos de las últimas publicaciones con su respectivo año y ciudad de publicación.

4. De igual manera el artículo debe ir acompañado de un resumen, entre 8 y 10 líneas, a manera de presentación del mismo.
5. Anexar al final del artículo la bibliografía utilizada, en orden alfabético, así:
 - 5.1. Para libros y folletos: Apellidos y Nombre del autor/a, *Título*, Editorial, Ciudad, fecha. Así:

Bonilla, María Elvira, *Jaulas*, Planeta, Bogotá, 1984.

- 5.2. Para artículos de revista: Apellidos y Nombre del autor/a, “Título del artículo”, *Nombre de la revista*, número, Editorial y/o Nombre Institución que publica, Ciudad, fecha, páginas. Así:

Ágredo Piedrahita, Óscar, “El Odio es más fuerte que dios”, *Poligramas*, N°. 17, Universidad del Valle, Escuela de Estudios Literarios, Cali, 2002, pp. 63-73.

- 5.3. Para obras colectivas, cuando son **dos** los autores/as: Apellidos y Nombre del primer autor/a y Nombre y Apellido del segundo autor/a, *Título*, Editorial, Ciudad, fecha. Así:

Builes, Carlos y Ángela Pietagrua, *De los goces del cuerpo*, Himeneo, Medellín, 1994.

- 5.4. Cuando son **tres** autores/as: Apellidos y nombre del primer autor/a y Nombres y Apellidos de los otros dos autores/as, *Título*, Editorial, Ciudad, fecha. Así:

Jaramillo, M. M, B. Osorio y Ángela Inés Robledo, *Literatura y narrativa colombiana del siglo XX*, Vol. 1, Ministerio de Cultura, Bogotá, 2000.

- 5.5. Cuando son **cuatro o más** autores/as, se escriben el Apellido y el Nombre del primero y en seguida la expresión latina *et al.* o la expresión *y otros*. Así:

Osorio, José Jesús, y otros, *¡ueva novela colombiana, 8 aproximaciones críticas*, Sin Frontera Editores, Fundación Literaria Botella y Luna, Cali, agosto de 2004.

- 5.6. Para capítulos o artículos de antologías: Apellidos y Nombre del autor/a, “Título del artículo”, en: Nombre y Apellido del compilador, *Título del libro*, Editorial, Ciudad, fecha. Así:

Cortázar, Julio, “Algunos aspectos del cuento”, en: Lauro Zavala, *Teorías del cuento, I: Teorías de los cuentistas*, UNAM, México, 1997.

- 5.7. Para cuentos, ensayos, capítulos de un libro de un solo autor/a: Apellidos y Nombre del autor/a, “Título del texto”, en: *Título del libro*, Editorial, Ciudad, Fecha. Así:

Talese, Gay, “Frank Sinatra está resfriado”, en: *Fama y oscuridad*, Grijalbo, Barcelona, 1975.

6. Los pies de página quedan reservados para comentarios, digresiones, apuntes, precisiones, discusiones, etc. En caso de usarse para referencias bibliográficas, éstas se anotarían con índice numérico, Nombre y Apellidos del autor/a, *Título del libro*, Editorial, Ciudad, Fecha, páginas. Así:

² Harold Alvarado Tenorio, *Ensayos, los poetas de la guerra de los Mil días*, Universidad del Valle, Cali, 1994, p. 115.

7. Si las citas o referencias, se señalan dentro del texto, deberán indicarse del siguiente modo: Apellido del autor/a, año de la publicación del texto y número de página. Así:

Se afirma entonces que “el conflicto político y militar se presenta como un enfrentamiento entre buenos y malos, ángeles y demonios...” (Henao, 2003: 55).

O así:

Como afirma Henao “el conflicto político y militar se presenta como un enfrentamiento entre buenos y malos, ángeles y demonios...” (2003: 55).

Los artículos recibidos no implican su publicación. Los evaluadores y el Comité Editorial seleccionan los trabajos según criterios de calidad, pertinencia, originalidad, rigor investigativo, carácter de inédito y cumplimiento de las normas anteriormente expuestas. Asimismo, los artículos recibidos serán evaluados por pares de universidades locales y extranjeras.

Cupón de suscripción

Poligramas

Valor de la suscripción anual (dos números):
En el Valle del Cauca: \$17.000
En territorio Nacional: \$22.000
América Latina: US\$ 8, más gastos de envío.
Norte América: US\$ 12, más gastos de envío.

Nombre: _____
Dirección: _____
Teléfono: _____
E-mail: _____

Para comodidad y seguridad consignar en la cuenta **248400189 – 2 del Banco de Bogotá**, en cualquier ciudad del país, a nombre de **Consortio Universidad del Valle, Facultad de Humanidades, cuenta UIIR**. Conserve la fotocopia del recibo de consignación y envíelo, vía fax al 3313598.

Versión electrónica: www.poligramas.univalle.edu.co
Correo electrónico: poligramas@univalle.edu.co

